

CORRIDAS DE TOROS EN MÉXICO

Niceto de Zamacois*

Todas las naciones de la Tierra que han recibido leyes y costumbres de los pueblos que las han dominado presentan rasgos más o menos marcados que designan de una manera determinada el origen que reconocen. No habrá una exacta igualdad entre los países que han sido dominados y los dominadores, pero existirá el parecido. Serán diferentes en colorido, entonación y fuerza de tintas, pero presentarán semejanza en el contorno. No habrá una perfecta igualdad en cada una de las partes del dibujo, pero se notará una similitud deslumbrante en el todo de la figura. Sin embargo, si se colocan bajo el dominio de un detenido examen, veremos que toda esa semejanza que nos sorprende, toda esa íntima relación que advertíamos entre las costumbres de unos países y otros, y que casi la calificábamos de igualdad, desaparece, dejando apenas percibir ligeros lineamientos, leves perfiles, suaves tintas que no entrañan otra verdad que la de permitir se trasluzca que la mano de un mismo artista ha invertido en el cuadro. Seméjense en esto las naciones a los individuos de una misma familia: parécense los hijos a los padres, pero si entra el análisis, salta inmediatamente a la vista la diferencia de formas, la desigualdad en las facciones que entre unos y otros existe. Vistos de golpe se presentan idénticos; examinados, aparecen enteramente distintos.

En México todo está palpitando la dominación española; están saltando a los ojos los usos de esta nación que hizo cambiar la faz de aquel poderoso imperio en que vació sus formas, imprimiendo en él un carácter enteramente nuevo. Pero examinadas esas formas vemos que, aunque parecidas, no son exactamente iguales: el molde en que fueron fundidas las costumbres de la potente Iberia prestó a estas nuevas formas nueva fisonomía que las hace originales; creó un nuevo tipo que, si bien vestido con el leve tinte que revela el origen que reconocen, no por esto deja de ser enteramente diferente de aquel quien cambió sus antiguos y venerados usos.

Entre las mareadas costumbres que los mexicanos han heredado de España, entre las que forman uno de los rasgos característicos de esta nación y que han dejado allí una huella indeleble, reflejando el origen español, es la de las corridas de toros. No bien penetra el viajero en cualquiera de las dos magníficas plazas de toros que cuenta la antigua capital del Imperio azteca cuando le ocurre esta observación: diversión española. La distribución del local, el aparato, los dichos, la concurrencia, la animación, los trajes de la compañía tauromáquica, todo, en fin, está palpitando el origen español de una manera marcada y firme. Y, sin embargo, al someterla a examen

* Zamacois, Niceto, «Corridas de toros en México», *El Museo Universal*, VII, núm. 34 (23 de agosto de 1863), pp. 267-270.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003389407&search=&lang=es>

presenta un colorido enteramente distinto, una fisionomía peculiar, propiamente mexicana, que solo conserva una leve tinta, suficiente únicamente para dar a conocer su procedencia.

Si, pues, revestidas de atractivo se manifiestan las costumbres mexicanas para los viajeros de otros países que tratan de estudiarlas, para los españoles que ven reflejados en ellas los caracteres y rasgos de las suyas se presentan ataviadas con nuevos incentivos que las hacen aún más interesantes, tanto por la predilección con que mira el hombre todo lo que guarda analogía con su carácter, cuanto por la curiosidad que en el alma despiertan las variantes introducidas en sus mismos usos, prestándoles nueva fisionomía.

La plaza de toros en México está situada en uno de los puntos más pintorescos de la grandiosa ciudad, al principio del concurrido Paseo Nuevo o Bucareli, a 40 varas de la colosal estatua ecuestre de Carlos IV, mirando descorrer a sus lados las vistosas florestas de San Cosme, Tacubaya y la Piedad que, ostentando siempre una vegetación variada y prodigiosa, van a perderse en el horizonte, formando entre las nubes mil caprichosas formas.

Envanecida con el hermoso paisaje que la rodea, la plaza de toros preséntase elegante, graciosa y coqueta, como una de esas bellísimas mujeres a quienes rinden amoroso culto mil elegantes adoradores que la cercan y sirven, quemando a sus pies el incienso de la lisonja y del amor.

Su exterior es grandioso y de exquisito gusto, como son grandiosos y de exquisito gusto los edificios anejos a ella, junto con los cuales ocupa un área de 20.695 varas cuadradas. Prolónganse a sus lados, al Oeste y al Sur, sobre un zócalo que circunda todo el edificio, dos elegantes balaustradas de hierro que de seis en seis varas van a encontrarse con una labrada pilastra de cantería que, en número de treinta, están formando simetría hasta circunvalar enteramente el pintoresco local.

El interior corresponde dignamente al exterior. Después de la talanquera y de la valla, que se levanta entre aquella y el foso, se descubre el espacioso tendido con siete órdenes de gradas, brindando comodidad a la numerosa concurrencia. Siguen al cómodo tendido dos órdenes de palcos, sostenidos por doscientas setenta y dos columnas esbeltas y elegantes; y coronando la belleza del recinto, se ostenta alrededor la magnífica azotea, cercada a derecha e izquierda con pintadas balaustradas de madera, punto que domina una gran parte del extenso valle de México, y que siempre suele estar atestado de gente.

La altura total de la plaza es de doce varas, y caben en ella diez mil personas: su coste ascendió a 97.202 duros, 6 reales.

Las comodidades que al público presta este punto consagrado a uno de los espectáculos más favoritos del pueblo pocas plazas de Europa las presentarán. En el ancho espacio que media entre el zócalo y balaustrada de fierro que circunda la plaza y el lugar en que esta se levanta, se encuentran anchas caballerizas donde dejan sus caballos sin que nada paguen los jóvenes que después de la corrida quieren asistir al paseo, montados en sus briosos corceles, como acostumbra la mayor parte de los mexicanos. Además de las caballerizas, hay baños espaciosos y limpios destinados para bañar los caballos, mesas de billar y café.

Pero ya va a dar principio la corrida; ya las dos músicas, colocadas una frente de otra, tocan a competencia las más exquisitas piezas de Rossini, Bellini y Donizetti, vertiendo en cada dulce nota ese grato sentimiento que conmueve y nos hace sentir goces los más íntimos y tiernos. El tendido está cubierto de elegantes jóvenes, que en su apostura y finos modales revelan esa educación esmerada que se nota en los atentos mexicanos. En los palcos preséntanse ricamente ataviadas las lindas hijas de ese privilegiado suelo: amables sin coquetería, afables con dignidad, pudorosas sin encogimiento, francas, con ese señorío que tiene a raya la osadía del que tratase de faltar al respeto que su sexo merece. Los ojos negros, grandes y llenos de vida, de torneadas manos y diminutos pies, bellas como las hurís del Profeta, y más puras que el límpido pabellón que forma su límpido cielo, y que las lindas flores de sus magníficos pensiles.

Pero al sonido de la corneta que anuncia al numeroso público que va a dar principio la función, los ojos de todos se fijan en una de las puertas de la plaza por donde llega la compañía tauromáquica compuesta de los tres espadas que abren la marcha; de los banderilleros y chulos que marchan detrás; de dos *locos*, llamados así a dos vestidos de arlequines, pintado el rostro de mil colores, y cuya misión es llevar banderillas a los banderilleros, cubrir la sangre que queda en la arena y hacer mil ridículas monadas en el corto intervalo que media desde la muerte de un toro a la salida del otro. A los denominados *locos* siguen los picadores en caballos, que no tienen de carne más que la lengua, como sucede exactamente con los jacos que sacan en nuestras corridas; a continuación marchan tres coleadores y otros tantos lazadores, todos montados sobre arrogantes corceles y mostrando la maestría en el arte de regir al brioso animal. Estos coleadores y lazadores no van uniformados sino vestidos con el traje que les es propio, y cierran la marcha. Van las mulas destinadas a sacar de la plaza los toros muertos adornadas con hermosos penachos y banderitas tricolores.

Por lo dicho verá el lector español que nada hay nuevo para él en esas corridas, excepto los *locos*, los coleadores y los lazadores, pero esta circunstancia basta, como al principio dije, para cambiar la fisionomía de esta costumbre española y darla un aspecto enteramente nuevo, enteramente mexicano.

Por lo general, los carteles anuncian que se lidiarán ocho toros y que se amenizará la función con tres de cola, que es el espectáculo favorito del país. Cuando un toro no quiere entrar a la pica y huye de ella, el público a una voz grita: «¡Cola, cola!», como en España se grita «perros»; e inmediatamente los coleadores, en sus caballos más ligeros que el viento, parten tras la fiera, procurando cada cual ser el primero en cogerle la cola para tener el derecho de ser él quien derribe al toro. Una vez apoderado de ella, los demás coleadores le dejan libre el campo y entonces él, sin cesar en su carrera y alzando la pierna para colocar debajo el brazo, con cuya mano tiene asida la cola de la fiera, lo cual se llama en el país *meter arción*, derriba al toro, y sigue su galope en medio de los aplausos de la multitud. No bien el toro se levanta, echa a correr temiendo a los jinetes, e inmediatamente vuelve a disputarse la cola, repitiendo la suerte el que tuvo la fortuna de ser el primero en cogerla, hasta que la fiera queda tendida sin quererse levantar del suelo.

Esta suerte es sumamente difícil y peligrosa, y requiere que el que monta a caballo sea tan buen jinete como lo son los mexicanos, para que no se mate al ejecutarla. Esto

mismo se repite con los toros anunciados para cola, debiendo únicamente advertir que estas suertes tan pronto las ejecutan con la mano derecha como con la izquierda, pero siempre con la misma facilidad y limpieza.

Aunque el colear es una cosa que la practica en el país toda la gente de campo, hay algunos que lo hacen con tal perfección y ejecutan cosas tan difíciles a caballo que se hacen notables entre los mismos mexicanos. Yo vi a don Ignacio Gadea en la plaza de toros de México ejecutar suertes que verdaderamente me asombraron. Salió a la arena sobre un caballo, veloz como el mismo pensamiento. La maestría en el manejo del corcel, su airoso modo de sentarse, su juventud y su simpática presencia predisponían en su favor desde el instante que se presentaba. Tocábale a este excelente jinete banderillar a caballo y colear. A la señal convenida, tomó un par de banderillas del tamaño común, detuvo el corcel frente al toro, llamó a este, y al verse acometido saltó con el caballo sobre el pescuezo de la fiera, colocándola al mismo tiempo las banderillas sin que el toro tocara al caballo, que siguió corriendo regido por el jinete, que se dirigía a coger nuevas banderillas en medio de los estrepitosos y merecidos aplausos de la numerosa concurrencia. Esto mismo repitió varias veces y con igual limpieza hasta que dejó cubierto de banderillas al toro.

Confieso que, aunque había visto a otros muchos banderillar a caballo, jamás con tal perfección, limpieza y maestría. Tocábale después colear otro toro de cola, y lo hizo con el mismo acierto con que había banderillado al anterior, pero, deseando distinguirse, siguió corriendo y, cuando iba el caballo en la fuerza de toda su carrera, lo desensilló sin desmontarse, persiguiendo siempre al toro, quedando montado en pelo y coleando con la misma facilidad con que lo había hecho antes. Los aplausos se repitieron con más entusiasmo y para completar el triunfo, y cuando el caballo continuaba corriendo, alzó del suelo la silla que poco antes había arrojado y, sin desmontarse, ensilló el corcel y siguió desempeñando mil suertes difíciles enteramente mexicanas.

Como el toro destinado a cola no es de muerte, cuando la trompeta anuncia que se le lace dos lazadores corren tras la fiera; agitando en el aire sus reatas corredizas se las arrojan desde lejos uno a las astas y el otro a las patas. No bien le han lazado, amarran el extremo de la reata que ellos tienen a la cabeza de la silla, y conduciendo así al toro hasta la puerta del toril, entra en él sin que en esta operación se tarde tanto como yo en relatarlo.

Aunque el lazar no presenta los riesgos y las dificultades que el colear, es, sin embargo, una de las cosas más útiles. Cuando se trata de coger en el campo una fiera o en la ciudad un caballo que se ha huido, los mexicanos, provistos de su reata, corren en su corcel, le arrojan de lejos el temible lazo y, sujetando la reata a la cabeza de la silla, detienen de pronto su caballo, y el animal, que aún seguía huyendo, recibe repentinamente tan terrible golpe que cae inmediatamente al suelo.

Pero no es solo esto lo que da a las corridas mexicanas esa fisonomía especial que solo conserva un ligero rasgo de las corridas españolas.

Anúnciase con frecuencia que uno o dos toros se picarán en caballos cerreros, esto es, que nunca han sido montados ni criados en caballerizas, sino acabados de coger de las grandes ganaderías que vagan por los montes de alguna hacienda. A la hora conveniente déjanlos salir a la plaza desde un punto en que los tienen encerrados, y los

lazadores, lazándolos al instante, los sujetan en tanto que otros los ensillan, y en cuanto los jinetes han montado, les sueltan los lazos; al verse libres los caballos, empiezan a dar saltos y corcovos espantosos sin que saquen de la silla al picador, que parece que forma una sola pieza con el jaco. Por mucho tiempo insiste el indómito caballo pretendiendo arrojar al suelo la extraña carga a que no está acostumbrado, hasta que cansado y fatigado se resuelve a sostenerla. Entonces el jinete se aproxima al toro, pero cada vez que este embiste, empieza el caballo a dar nuevos corcovos y saltos que entretienen al espectador y muestran la maestría del que lo monta. Animado el público con la habilidad de los picadores, grita que monten al toro, e inmediatamente los lanzadores lazan a la fiera, la sujetan en tanto que en ella monta alguno, y luego la sueltan. El toro se deshace por arrojar la carga, pero al fin queda rendido sin conseguir derribarla.

Estos varoniles juegos encierran un interés vivísimo para los espectadores, que prorrumpen en vivas y en aplausos, acabando por arrojar a la plaza varias monedas de plata para premiar la habilidad del excelente jinete.

A estas agradables escenas suelen agregar en algunas funciones extraordinarias lo que en España llamamos *cucaña* y en México se conoce con el nombre de *monte Parnaso*. Allí, lo mismo que aquí, consiste este juego en colocar en el extremo de un alto palo ensebado algunas piezas de ropa que sirven de premio al que ha tenido la habilidad de cogerlo. Sin embargo, entre el monte Parnaso mexicano y la *cucaña* española existe una circunstancia notable que los hace completamente diferentes.

Entre nosotros solo se coloca en medio de la plaza un mástil, cuya subida se disputa el populacho, sin que en tan críticas circunstancias tenga que habérselas con fiera ninguna; pero en México, además del mástil principal, que está en medio, forman una montaña con ramas, a la cual se sube por varios palos puestos alrededor que conducen al centro del monte Parnaso, en que ostentan camisas, chaquetas, chalecos y pañuelos. Mas no bien salta la plebe a la plaza y se dirige al punto codiciado, sale un bravo toro embolado que arremete con cuantos en la arena encuentra. Los empeñados en apoderarse de los objetos emprenden por distintas direcciones la subida a la montaña, que se bambolea con el paso de tanta gente y amenaza hundirse a cada instante.

Esto es altamente divertido: tal vez cuando uno anduvo la mitad del mástil principal, desciende sin poderse sostener por más tiempo y va a caer en las astas de la fiera, que lo arroja lejos de allí, dejando libre el campo a los que estaban abajo y que aprovechan aquella coyuntura para subir ellos, expuestos a los mismos golpes y riesgos. De repente, los que por distintos palos subían a la montaña llegan a la cumbre, pero inmediatamente empieza a oscilar, y cuando van a apoderarse de los codiciados objetos, se hunde la montaña y caen todos rodando, pero sin soltar lo que han cogido, aunque el toro los revuelque.

Como de tiempo en tiempo suelen venir a la capital algunos indios salvajes a proponer treguas al Gobierno, prometiendo no hacer excursiones en el territorio mexicano si los mexicanos no se internan en el suyo, los empresarios de la plaza de toros suelen aprovechar la coyuntura para presentar en los intervalos de la corrida alguna entretenida variedad. Al efecto celebran un contrato con los indios salvajes, que con facilidad se allanan a todo, y los empresarios anuncian la corrida en grandes carteles,

diciendo que uno de los toros será corrido y luego matado a flechazos por los indios. Preciso es advertir que estos indios llaman la atención por el traje que usan y que, cuando vienen a la capital a proponer treguas al Gobierno mexicano, andan de la misma manera por las calles, llevando tras sí un gran número de muchachos atraídos por la novedad. Van, y yo los he visto muchas veces, con plumas de varios colores en la cabeza, sostenidas por una diadema que les cerca la frente; llevan el rostro y los brazos pintados de rojo, y marchan provistos siempre de carcaj, arco y flechas. Como pertenecen a tribus errantes que lindan con la República Mexicana, el público ve en ellos a los mismos que en otro tiempo formaron parte del gran Imperio de Moctezuma y que, por no recibir leyes de la nación conquistadora, se pusieron lejos del alcance de las armas españolas.

No bien va a salir el toro destinado para que lo corran, ellos se presentan en la plaza con desembarazo y arrogancia, mostrando una soltura, agilidad y fuerza sorprendentes. La concurrencia los aplaude en cada suerte que desempeñan burlando la furia de la fiera, y, cuando llega la hora de matar, uno de los indios, armado de arco y flecha, se coloca frente al toro a distancia regular, prepara sus terribles armas, impulsa la cuerda del arco, sale silbando la flecha, que va a clavarse en el toro, que cae muerto inmediatamente.

No se puede negar que estas agradables novedades agregadas a los toros de muerte que alternan en la corrida, y que se torear, pican, banderillan y matan lo mismo que en España, dan un aspecto original a la función de toros. Descúbrese, es cierto, en su fondo, el origen español, pero en todo presentan un aspecto verdaderamente mexicano. Presentan de golpe las corridas de toros en México el aire de su antigua metrópoli, pero, analizadas, se advierte que tienen distinta fisonomía, distinto colorido, distintas formas.

Los toros que generalmente se corren en la capital del antiguo Imperio azteca son de Ateneo, raza navarra y valiente, aunque más pequeños que los que se torear en España.

También los caballos, aunque de raza andaluza, son de menor tamaño, pero en cambio son ligerísimos, briosos y tan delicados de boca que en un círculo que no pase de tres varas de circunferencia les hacen los jinetes que en ellos montan dar multitud de vueltas sin que salgan de la línea.

La primera corrida de toros que hubo en México tuvo lugar el 24 de junio de 1526 para celebrar el regreso del célebre conquistador Hernán Cortés, que volvía de Las Hibueras. Entonces vieron los mexicanos por primera vez ese espectáculo, al que asistió toda la nobleza española, y que a los indígenas les sorprendió agradablemente.

Gran número de la gente principal que ha ido a caballo o en coche suele salir a mitad de la corrida para asistir al paseo de Bucareli, que, como dije al principio de este capítulo, parte desde allí mismo; así es que las personas que ocupan la espaciosa azotea de la plaza, aunque son las que pagan menos, son a la vez las que disfrutan más que ninguna obra del bello panorama que se descubre por todas partes. Desde allí gozan, en los intervalos que median desde que matan un toro hasta la salida del otro, de las vistas más deliciosas que puede presentar la naturaleza. El paseo que se extiende en línea recta se ve animado por más de trescientos carruajes particulares, elegan-

tes y lujosos, que recorren incesantemente aquel delicioso sitio, en tanto que otras muchas carrozas de igual mérito yacen quietas alrededor de la hermosa glorieta principal, en medio de la que se eleva una magnífica cuenta. Por en medio de las dos hileras de coches que en continuo movimiento se encuentran, cabalgan en arrogantes corceles millares de jinetes de lo más escogido de la sociedad mexicana, tan diestros en el manejo del brioso caballo como finos y urbanos con las personas con quienes tratan. ¡Cuántas veces al declinar el sol he dejado el tendido y he subido a esa azotea para disfrutar de la magnífica perspectiva que ante los ojos se presenta! ¡Cuántas veces, al dirigir la vista por la deliciosa campiña, vestida de pintorescos jardines y agradables bosquecillos, cobijada por un brillante pabellón de mil colores, he visto envuelto entre cortinajes de niebla como una visión aérea y celestial, ese magnífico palacio de Chapultepec, lleno de tradiciones y recuerdos, que al fin desaparecía entre las sombras que venían a suceder al último rayo del moribundo sol! ¡Qué dulces afectos se despertaban entonces en mi corazón!... El recuerdo de mi patria, de mi inolvidable España, venía envuelto en todos como el más dulce de ellos, así como hoy, que me encuentro lejos de la virgen América, viene envuelto el recuerdo de México en todos mis pensamientos.

Además de la plaza del Paseo Nuevo que acabo de describir, tiene México otra llamada de San Pablo, tan ventajosamente situada como la primera. Encuéntrase próxima al delicioso Paseo de la Viga. De ese pintoresco canal, cubierto de canoas, por donde la gente marcha embarcada a Santa Anita para recorrer las deliciosas chinampas o jardines flotantes de que ya he hablado. El empresario de la plaza del Paseo Nuevo paga al de la de San Pedro, porque no haya corridas en esta, cuatro mil duros al año.